

VI

El agua caía en las fuentes con fuerzas y ritmos intencionados: habían sido afinadas para obtener música del agua. Sus sonidos resonaban en las bóvedas, los rincones y los tragaluces, como si otros instrumentos los retomaran: no eran ecos sino voces nuevas. También la luz entraba en las salas domada, medida y retomada: se le trataba e interpretaba como al agua. Ahí incluso la luz era música. Agua y luz se entretrejan con las voces pausadas de las mujeres, con el canto de algunas de ellas, con las líneas demoradas de sus cuerpos y el sudor en su piel. Entre dos enredadas cortinas de vapor, como un sonido imprevisto, Fatma percibió una espalda oscura que nunca había visto y cuyas formas suaves absorbían cada vez más su mirada. Fatma vio la espalda y los hombros de Kadiya antes de descubrir —o ser descubierta por— sus labios gruesos: antes de sentir, titubeante, el llamado inaplazable de su boca. Quiso bajar los ojos y no pudo. Quiso cerrarlos pero era demasiado tarde, ya la tenía grabada por dentro.

VII

Dos miradas se cruzaron como los arcos de una bóveda diseñada tiempo atrás. Pero sus gestos se tejieron de otra manera: Fatma se alojó en una pasividad que pedía ser complacida, de la misma manera que un dibujo reposando en el fondo de una vasija pide ser descubierto y admirado al terminar de beber. Kadiya llegó hasta ella como una elaborada pero rápida caída de agua: una cascada en filigrana.

VIII

Cuando volvieron a tener la sensación del tiempo, los dedos pálidos de Fatma y los muy oscuros de Kadiya habían hecho crecer entre las dos un tupido bosque de ramas negras y blancas, entretreídas como ilegible caligrafía. Se habían conocido en silencio y se amaron en la misma ausencia de palabras: hablaban la luz y la humedad de los cuerpos. Decían lo que con muchas palabras se llega poco a decir. En otra de las terrazas, una mujer cantaba con voz muy aguda, adolorida, una muy antigua canción de Ibn Zaydun: "Cuando tus ojos vean lo que ya no se ve, y tus manos toquen lo que ya no se toca, tus ojos no serán ya tus ojos y tu cuerpo no será ya el tuyo, posesiva poseída".

IX

Fatma quiso guardar el sabor de ese silencio en su memoria, y cerró los ojos como si así lograra comerse definitivamente la presencia de Kadiya, e hiciera de ella una tonada que sola vuelve y vuelve a la boca. Y pronto descubriría que hacía muy bien en querer conservar esos instantes porque aunque la memoria es frágil y escurridiza, lo es tal vez menos que la piel y los sentimientos: al abrir los ojos, Fatma descubrió que Kadiya no estaba ya a su lado. Una y otra vez recurrió el Hammam inútilmente. Una y otra vez regresó al rincón donde los cojines se habían impregnado del olor de Kadiya, hasta que el olor mismo se diluyó en sus recuerdos.*

La vida (a)leve

LA TORRE

La torre tiene cincuenta anas hacia abajo y lo mismo hacia el cielo. En la mazmorra, debajo de la torre, está un hombre. El rey lo amarró a la conciencia con cadenas. Después de una vida hermosa cuenta los días, pero no espera.

En lo alto de la torre vive el astrónomo. El rey le compró un telescopio para amarrarlo al universo. El astrónomo cuenta las estrellas pero no tiene miedo. El de arriba y el de abajo se duermen llenos de números.

Por eso se entienden. No tienen paloma pero un gato negro lleva las noticias de la mazmorra a la cumbre.

—Aumentó un día— dice al astrónomo.

Y al preso:

—Nació una estrella.

Los tres tienen ojos verdes.

De tanto aguzar la mirada, no de la esperanza.

za.

LA LUNA

No entiendo cómo pueden escribirse poemas sobre la luna. Es grasosa y descuidada. Hurga en las narices de las chimeneas. Su quehacer preferido es meterse bajo las camas y olfatear los zapatos.

LOS BORRACHOS

Los borrachos son los hombres que beben hasta el fondo y de un trago. Pero ponen mala cara porque en el fondo de nuevo se ven a sí mismos. Por el cuello de la botella observan mundos lejanos. Si tuvieran cabezas más fuertes y un poco más de gusto, serían astrónomos.

Zbigniew Herbert

Traducción Jan Zych